

# ¿Por qué no católico-romano?

**Bernhard Kaiser P.**

Traducción autorizada del alemán por

Ana Piñeiro C.

en cooperación con

María de los Ángeles Lago F. de Kaiser  
Franz-Joachim Kaiser S.



Primera edición española 2007  
© 2007 by Bernhard Kaiser

Publicado por el Instituto de Teología de la Reforma  
(Institut für Reformatorische Theologie gemeinnützige GmbH)  
Narzissenweg 11  
D-35447 Reiskirchen (Alemania)  
Tel./Fax +49-6408-965040  
[info@irt-ggmbh.de](mailto:info@irt-ggmbh.de); [www.irt-ggmbh.de](http://www.irt-ggmbh.de)

## 1. El problema

„La reforma es el único obstáculo que el catolicismo no pudo vencer“. Esto lo dijo el historiador de la Iglesia Walther von Loewenich en su obra muy leída *Die Geschichte der Kirche* (1939; “La historia de la Iglesia”). Con ello evidenciaba que el catolicismo puede reunir en sí numerosas formas de pensar, de creer y de expresarse, pero la creencia e iglesia evangélicas no comulgan con el modo de ver del Papa. ¿Qué es lo que tiene el protestantismo que no encaja en el sistema católico romano? O dicho de otro modo, ¿qué es lo que pierde acercándose a la iglesia romana?

¿Por qué no católico romano? Hago esta pregunta en un tiempo en que públicamente las iglesias protestantes apenas son tomadas en serio. En los medios de comunicación casi sólo aparece la iglesia romana como representante del cristianismo, ya sea hablando positivamente acerca de ella, ya sea burlándose o considerándola irracional por los movimientos anticlericales. Formulo esta pregunta en un tiempo en el que el protestante casi ya no es capaz de percibir las diferencias teológicas entre la confesión protestante y la confesión católica y por lo tanto corre el riesgo de ver las dos formas de cristianismo de igual modo. La formulo a los protestantes que, frente a un derrumbamiento espiritual, buscan en la aparente milenaria Iglesia seguridad, orden, autoridad y continuidad. Un señor mayor y celoso protestante, quien no tiene la posibilidad de asistir a ningún culto los domingos en su localidad y que, a menudo, sigue a través del canal televisivo ZDF (*Zweites Deutsches Fernsehen, Canal 2 alemán*) el servicio dominical, me dijo hace algún tiempo: “las misas católicas a menudo tienen más substancia que las predicaciones evangélicas“. Aparentemente a muchos protestantes les parece más interesante la iglesia católica que la suya propia.

¿Por qué no católico romano? Hago esta pregunta a los protestantes que, viendo el vacío político de su iglesia, quieren presentar públicamente sus intereses cristianos junto con los de la iglesia católica para ganar fuerza. Por ello no pocos protestantes buscan trabajar conjuntamente con sacerdotes católicos hasta donde estos últimos estén dispuestos. En la práctica esto ocurre de manera puntual y local, pero si se no quiere formar parte de la iglesia católica, ¿qué es lo que le impide a uno unirse a los sacerdotes en los congresos

eclesiásticos, a ProChrist (alianza de diferentes denominaciones evangélicas) y a los cultos ecuménicos y actos oficiales? Viendo como funcionan las relaciones ecuménicas, ¿tiene sentido seguir hablando de tal separación?

¿Por qué no católico-romano? Me permito hacerle esta pregunta a los católicos. ¿Se rige su iglesia tanto a la Palabra que se puede vivir en ella el cristianismo sin problemas?, ¿o hay razones por las que se pueda cuestionar el sistema católico-romano?

Todavía un último e importante aspecto de la problemática: Klaus Berger, un teólogo evangélico, pero católico de corazón, en su libro reciente bajo el título: *Glaubensspaltung ist Gottesverrat. Wege aus der zerrissenen Christenheit* (München: Pattloch, 2006, p.72, “Las separaciones son una traición hacia Dios. Caminos en medio de una cristiandad desgarrada”), muestra la problemática por medio de la imagen de un Cristo que no sólo tiene una esposa, sino todo un harén de mujeres en forma de muchas iglesias divididas. Esto es, dicho por él y con razón, un escándalo y no la voluntad de Dios. Por lo tanto uno se pregunta, ¿por qué no ser católico a causa de la unidad? Tiene que haber unidad, Jesús mismo la quiso.

Me enfrento con esta pregunta en la primera parte de mi trabajo hablando de lo que a la gente le agrada de la iglesia católico-romana. En la segunda parte, que es bastante más detallada, me ocupo de los problemas en el sistema católico-romano. En la tercera parte de mi escrito expongo lo que tenemos nosotros como protestantes y lo que nos identifica, lo que tenemos que volver a ganar, si lo hemos perdido, y lo que necesitamos si queremos sobrevivir como tales. No vacilo en calificar todas las posiciones fundamentales que la reforma ha tomado como afines a la Biblia pues, se pueden comprobar mediante ésta.

## **2. La iglesia romana – múltiples manifestaciones, honra, poder e influencia**

### **2.1 La complacencia de los sentidos**

Si va a misa católica con un niño de siete años o con su nieto quedará asombrado: ya en la entrada hay una pila con agua bendita. La gente introduce los dedos y se santigua. Al continuar aparece un espacio imponente y a menudo barroco. En el techo y en las paredes hay

vistas imágenes con contenido bíblico, en muchos nichos hay un altar o la imagen de un santo, hay velas para vender y encender, vírgenes doradas, confesionarios bien decorados, hay una zona del altar reservada para el clero con un altar mayor muy elaborado, la perenne luz, el dorado ostensorio con la hostia bendita, las campanas que un monaguillo repica durante la ceremonia y sacerdotes que, vistosamente vestidos, van ahumando con un incensario alrededor del altar. Aquí la iglesia y el culto es algo para los sentidos.

Cuando hace algunos años visité Fenestrelle, un pueblo alpino en el valle de Chisone y la patria de mis antepasados hugonotes, me llamó la atención el edificio de la iglesia. Era para el pequeño pueblo una imponente y ostentosa obra de la época de la contrareforma, construida por orden y bajo el apoyo económico del rey francés Luís XIV. Ya sólo el edificio era para el pueblo una demostración del poder y de la importancia de la iglesia católica, y viendo ésto, junto con su ornamento interior, exclamaban: “¡Mirad! Esta es la iglesia y no la de los protestantes con sus mediocres reuniones en las montañas”.

El conocido teólogo protestante Karl Heim (1874-1958) habló en su libro *Das Wesen des evangelischen Christentums* (El carácter del cristianismo evangélico), de la „magia“ de la iglesia católica. Con su culto puede cautivar interiormente a la gente de tal manera que, sólo por medio de los sentidos, llegan a una conclusión: esta es la religión verdadera. Ofrece formas muy vistosas que cautivan los sentidos. El barroco expresa la grandeza visible de la iglesia católica y ésta ha puesto dicho arte y estilo de manera magistral a su servicio. Los grandes edificios religiosos y los ornamentos señalan que toda la gloria del mundo está allí. Además hay muchos más elementos del culto que impresionan: la liturgia, los peregrinajes, las procesiones e incluso el papado mismo. La persona que tiende a creer lo que ve se siente atraída por toda esta forma de expresión. Le gusta asistir especialmente allí porque acude todo el mundo. Pero normalmente no se da cuenta de que toda esa suntuosidad dorada implica la pérdida que cubre la gloria no visible en Cristo.

Los protestantes no tienen en sus iglesias mucho que ofrecer a la vista – apenas hay cuadros, imágenes o murales – no hay nada atractivo para los ojos. Todo es sobrio aún siendo puro. Lo que allí cuenta es más para el oído que para la vista.

## 2.2 Unidad

Si se considera la iglesia católica desde el punto de vista de su gran expansión, entonces llama enseguida la atención de que es *una* iglesia. Esto la diferencia de las numerosas iglesias protestantes estatales, sobre todo de las que son independientes. Es una organización bien y claramente estructurada que forma un todo. Un elemento importante para la unidad de la iglesia católica es el papado. Por muy problemático que sea desde el punto de vista protestante y por muy variados que sean los enfoques de fe, el papado es el brazo unitario que une las diferentes actividades de esta iglesia.

El papado tiene a su disposición cardinales y colaboradores cultos, competentes e importantes con los que dirige la iglesia. Sus veredictos todavía son mundialmente valorados. Probablemente el Vaticano sea el lugar mejor informado del mundo pues, obtiene informaciones por sus embajadores y sus muchas relaciones con casi todos los países del mundo. Esta ventaja en la información favorece su poder político, no con ejército, sino con la influencia que tiene sobre los diferentes países y sobre el gobierno, una influencia que por supuesto no es siempre igual de intensa y que a su vez es limitada.

Que el papado todavía mueve masas lo confirma el gran peregrinaje a la misa por el difunto Juan Pablo II así como la elección y la presentación de Benedicto XVI. El hecho de que millones de personas hayan tomado parte como peregrinos, representantes oficiales o por medio de la televisión, muestra el poder intelectual casi inexplicable que el papado ejerce aún hoy en día. Esto también lo confirman los viajes al extranjero que el nuevo Papa ha hecho hasta ahora y que han movilizad o ciento de miles de personas. Después de la caída del comunismo, en la que el papado no tuvo poco que ver, el papado se dio a conocer como la única autoridad intelectual mundial. El capitalismo liberal y su parte ideología y el materialismo también son muy poderosos en nuestro mundo, pero ningún poder está tan organizado como la iglesia católica al mando del papado. Una organización semejante ya es interesante en sí por su grandeza e influencia pues, ofrece mucho orden y seguridad y no es difícil identificarse con ella, sobre todo hoy en día en que el materialismo ya no tiene límites y, en cierto modo, se ha vuelto caótico.

El nuevo Papa tiene una línea moderada. El temor de que alguien dogmático y de mano dura ocupara el lugar en el Vaticano no se ha confirmado hasta ahora. Su primera encíclica bajo el título: *Deus caritas est* (“Dios es amor”) ofrece un punto de vista bíblico formal y muy conservativo del amor como base para las relaciones sociales y personales. Sus apariciones sencillas y modestas no dan pie a habladurías. A ver cómo supera la ruptura entre tradición y modernidad.

La jerarquía de cardenales, arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos e incluso los “normales” feligreses también forman parte de la unidad y poder de la iglesia católica. Aunque en base a las corrientes democráticas de los feligreses se rumoree y se levanten protestas contra el clero, esto no es ningún peligro para la jerarquía pues, ésta se mantiene con todavía más estabilidad en el poder.

Para poder considerar correctamente la unidad de la iglesia católica hay que recurrir a dos libros básicos: *Código del Derecho Canónico* y el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Son, por así decirlo, el software con el que funciona la iglesia católica.

Dicho derecho canónico es la ley que cuenta en la iglesia católica. Es la ley que regula toda la vida de la iglesia. Este derecho ha ido creciendo en la historia de la Iglesia a lo largo de los siglos por medio de las diferentes manifestaciones de papas y concilios, en tradiciones, costumbres y ordenanzas locales. A principios del siglo XX se revisó esta multiforme colección y se hizo un resumen y, en el año 1917, se presentó como *Codex iuris canonici* (CIC; = Código del derecho canónico). La siguiente transformación de la iglesia católica en el siglo veinte, sobre todo la reunión del Concilio Vaticano II de 1963 a 1965, condujo a que el Código del Derecho Canónico se revisase y unificase de nuevo. Juan XXIII había propuesto esta revisión y Juan Pablo II la hizo pública en 1983. Se puede decir que el CIC es uno de los libros de legislación más extendidos en el mundo pues, está en vigor tanto en los valles andinos de Sudamérica como en la selva africana, tanto en Indonesia como, por supuesto, en el mundo occidental, en todos los lugares donde esté presente la iglesia católica.

El segundo libro, *El Catecismo de la iglesia católica*, es una resolución tomada en el sínodo extraordinario de 1985 y fue elaborado en los años 1986 a 1992 bajo el mando, en aquel entonces, del cardenal Ratzinger así como por Juan Pablo II. Éste fue publicado en

1993 en forma de libro con más de ochocientas páginas. El catecismo ofrece un resumen del credo católico y también enseña las tradiciones que se dan por bíblicas y actuales. Está pensado como manual para los sacerdotes que deben incluir en sus sermones y catequesis el contenido de este catecismo. Antes tenían como base orientativa el manual de enseñanzas eclesíásticas de Heinrich Denzinger, el así llamado *Enchiridion*. Era una colección de resúmenes de los textos griegos y latinos de las decisiones conciliares y doctrinas papales que después quedaban a la libre interpretación de cada teólogo. Con el catecismo se proporciona la interpretación autorizada por el Vaticano.

Los dos libros aparecieron en latín, (texto original), así como en los diferentes idiomas más importantes del mundo, (traducciones autorizadas). Esto muestra que están enfocados para que sean mundialmente válidos. Que estos documentos hayan aparecido uno tras otro a finales del siglo XX está en sintonía con nuestra época de globalización. Sirven directamente para la unidad de la iglesia y el culto católico y tienen por antonomasia el carácter de documentos unitarios.

Está claro que esta impresionante unidad externa no debe hacer que perdamos de vista que en una iglesia mundial que ha adoptado tradiciones históricas, ideológicas y culturales muy diferentes hay también muchas desavenencias.

### **2.3 Multiformidad**

El que cree que la iglesia católica es una estructura uniforme, yerra. Karl Heim nos remite en su ya nombrado libro al hecho de que ella prácticamente ha acogido y unificado en sí casi todas las tradiciones y formas religiosas. En esta iglesia hay lugar para todo: mística, teología especulativa, religiosidad popular, monasterios y ascéticos apartados del mundo, cristianismo mundano y diaconico, piedad, fe, todo tiene cabida en esta iglesia. El monje piadoso y sin posesiones encuentra un lugar en esta iglesia así como el empresario liberal e independiente. Y no está nada claro cómo el monje ascético, que huye del mundo, y el empresario mundano pueden manifestarse como partícipes de una misma doctrina.

Con las muchas tradiciones populares se hace la diversidad todavía más clara. El catolicismo español es claramente diferente del alemán y

ambos son diferentes del polaco. En la iglesia católica también hay conservadores y liberales, estas diferencias también pueden aparecer entre obispos y cardenales. En los países del así llamado tercer mundo, el catolicismo ha acogido ampliamente las religiones y los ritos paganos que había en la zona y, la mayoría de las veces, sólo los han transformado según la necesidad.

Está claro que no todos los intentos por conseguir una mayor unidad entre los católicos van a conducir a la uniformidad de la iglesia católica. El culto a los santos en España, el trabajo científico de los dominicanos y católicos demócratas norteamericanos son mundos con un trasfondo muy diferente. A pesar de ello, la gran diversidad permite a gente y a sociedades muy diferentes formar parte de la misma iglesia católica.

## **2.4 Una ética conservadora**

La iglesia católica defiende una ética conservadora y en muchos casos formalmente bíblica. Al tratar los temas aborto, homosexualidad, matrimonio, divorcio o en la esfera social, siempre tiene buenos argumentos y enseñanzas. A un protestante también le parecería interesante leer en el *Catecismo de la Iglesia Católica* las explicaciones de las cuestiones éticas. Se hace hincapié en que la dignidad humana está basada en la creación divina. Se explica que en la ética se demuestra la libertad de la humanidad y que ésta está llamada a acreditarla con su buen comportamiento. Se subraya que es digno ser señor de sus acciones y que la moral ha de ser aumentada y la conciencia formada. Todo esto, pues, suena bien para todo aquél que todavía crea en lo bueno de la persona. Aquí encuentra el hombre posmoderno orientación e incluso, si no cree que se puedan razonar los valores, ya sólo el hecho de que se expongan valores es mejor, para él, que el relativismo desintegrado. Además, Joseph Ratzinger, antes de ser elegido Papa, publicó un libro útil para la sociedad, *Werte in Zeiten des Umbruchs. Die Herausforderungen der Zukunft bestehen*, (Freiburg: Herder, 2005; “Valores en época de cambios. Estar preparado para los desafíos del futuro”), donde expone los valores de la cristiandad. Después de muchas décadas en que se ha echado por tierra sistemáticamente los valores cristianos, esta publicación es para muchos cristianos bienhechora.

La ética conservadora hace que la iglesia católica resulte atractiva también para los protestantes practicantes. Aquí encuentran una instancia que defiende sus intereses éticos en relación con la sociedad y a su vez son tomados en serio. Dado que los protestantes practicantes encuentran raramente aprobación en público, es para ellos una satisfacción tener un portavoz ético con el que poderse identificar.

Sin duda existe en todos los niveles de la iglesia católica personas temerosas de Dios. No sólo creen en Dios, sino que también creen en la creación, en los diez mandamientos, en la Trinidad, en la resurrección de Cristo y su regreso en gloria, tal y como lo enseña la doctrina apostólica, como piezas clave de la doctrina cristiana. Tampoco pongo en duda que entre los feligreses y el clero haya gente que crea fervientemente y tenga la fe puesta en Jesucristo. Si encajan en la iglesia católica y si se identifican con su culto y enseñanza, eso ya es otra cuestión.

### **3. El lado problemático de la iglesia católica**

#### **3.1 La imagen positiva del ser humano**

Para un protestante fiel a la Biblia, a primera vista parece positivo que la teología católica haga hincapié en que el mundo sea creación divina. Que en 2005 el cardenal vienés Schönborn haya hecho pública su convicción en la creación, es de nuevo respetado por los protestantes. La mayoría de los teólogos protestantes tienen la creación por un mito y creen en la evolución. De ese modo la fe en la creación bíblica parece tener mejor aceptación entre los católicos.

Pero la convicción católica en la creación tiene un problema. Tomás de Aquino (1225-1274), doctor de la Iglesia en la Edad Media, juega aquí un papel clave pues, usa conceptos de Aristóteles para interpretar la Biblia. En primer lugar afirma que el ser humano es creación de Dios por esencia y para siempre. Pero el que Tomás de Aquino haya aplicado a la creación el esquema aristotélico de acto y potencia y el concepto de entelequía plantea un problema. Ello le lleva a afirmar que el ser humano, al ser creación, se dirige hacia Dios, está permanente en búsqueda de Dios y posee la facultad natural (potencia) de buscar a Dios. Según esta teoría, los actos de buscar a Dios serían incompletos y tendrían que ser perfeccionados por la gracia, pero en el fondo de su ser el hombre estaría siempre inclinado hacia Dios. San

Agustín ya dijo algo parecido en su famoso dicho: “Nos has creado con una inclinación hacia tí, y nuestro corazón está intranquilo hasta que te encuentra” (*Confesiones I,1*). La teología católica, en base a esta filosofía, toda simple obra humana, (como dirigirse bondadosamente al prójimo, la admiración por la naturaleza o la diligencia en el trabajo), pretende inconscientemente buscar y honrar a Dios. Aún cuando una persona baile en una discoteca hasta quedar extasiado o consuma drogas, esto sería en el fondo un grito inconsciente hacia Dios.

Para Tomás de Aquino y su teología el pecado no determina la persona, sino que es algo añadido. Tomemos un ejemplo: un coche es de por sí un coche, indistintamente si es blanco o negro. El color no influye en la esencia del coche. De este modo, el ser humano sigue siendo creación de Dios sin importar si es pecador o justo. Esto suena muy lógico, pero según las Escrituras, el pecado no se puede cambiar como el color de un coche. No es una enfermedad que viene y va, sino que influye en su ser de tal manera que deja huella. Desde la caída el hombre es “carnal”, está en rebelión contra Dios (Rom. 8:7), piensa y actúa en contra de la voluntad de Dios. Su adoración hacia otros dioses es idolatría y sus buenas obras son para gloriarse delante de Dios. No se trata de un ser programado hacia Dios, sino de un ser pervertido por el pecado. Según la Biblia, el ser humano no puede ser curado del pecado, sino que por causa de él es castigado con la muerte. Esta es la razón de la obra en la cruz de Cristo así como de que todos debemos morir, aunque Cristo ya haya padecido la muerte en nuestro lugar. “La carne y la sangre no pueden heredar el reino de los cielos” (1 Cor. 15:50). Con otras palabras: el pecado determina el ser del hombre de tal manera que no puede excluirlo por “recibir” esencia divina. El hombre ante Dios está condenado a muerte.

Por eso es muy problemático que la teología católica exhorte al hombre, así como se encuentre, a prepararse para la toma de los sacramentos por medio del examen de conciencia y la oración. Por medio de los sacramentos recibimos la gracia y la fuerza divina para que por medio de ejercicio y dominio propio podamos llevar a cabo obras meritorias. Con otras palabras: el hombre es exhortado constantemente a contribuir con la obra de Dios.

Hasta aquí se ha dicho de que la teología católica habla por un lado, y con razón, de libertad y dignidad personal, pero por otro lado lo valora

tan altamente que le concede al hombre la facultad de colaborar para obtener la salvación. ¡No sería salvo sin gracia!, pero el hombre se podría preparar para recibir la gracia de Dios por medio de su religiosidad, sus propias decisiones, sus buenas obras y los sacramentos aportarían la gracia que completa lo que el hombre no pudo efectuar.

De este modo, diferentes formas religiosas tienen gran acogida en el culto católico: peregrinación, voto, cuaresma, culto a las imágenes, la bendición de los campos, de coches de bomberos y edificios oficiales, el uso de agua bendita, el rosario y la veneración devota de imágenes de santos o reliquias, todo puede ser un peldaño de la escalera que conduce hacia Dios. En general se puede decir que el culto católico y la teología que lo apoya puede usar todo lo que el hombre siente y hace por naturaleza sin problema y reparo para fines religiosos. Tanto puede utilizar la filosofía como las obras resultantes de la religiosidad.

Dios no nos obliga a esto. Es una expresión de la religiosidad humana nacida de la incredulidad. Para la confesión católica, el hombre no está muerto en delitos y pecados, sino sólo “medio muerto” precisamente por ser creación de Dios. La iglesia ofrece su medicina para salvar y fortalecer la ya existente y enfermiza vida. Pero esta medicina no puede actuar teniendo en cuenta que, el hombre, como ya se ha mencionado más arriba, está sujeto a la muerte. En esta teología no se toma en serio la carga del pecado y no insiste en la perdición del hombre. La ética que enseña la iglesia católica también está marcada por este sello pues, a menudo argumenta como si el hombre en el fondo no pecase y pudiese escoger y actuar siempre correctamente.

Teniendo en cuenta la imagen positiva de la humanidad, esta teología puede ser aceptada tanto por los musulmanes seguidores de Alá, como por los indios bailando alrededor de su tótem pues, buscan a Dios y están ligados a su religión así como los católicos se sienten inclinados con toda su existencia hacia el Dios verdadero, cuyo sustituto terrenal se encontraría en Roma. De este modo la iglesia católica se acapara intelectualmente de todo el mundo. De esta manera el Papa Juan Pablo II pudo rezar por la paz en Asís, en 1986, con representantes de otras religiones.

### 3.2 La relativización de las Sagradas Escrituras

Lo que muchos no saben es que, aunque la iglesia católica se presenta en sus manifestaciones doctrinales y éticas de manera conservadora, su postura frente a la Biblia es tan liberal como una gran parte del neoprottestantismo. Por supuesto, la crítica protestante, a menudo violenta, casi no ha tenido acogida entre los teólogos católicos. En el fondo, los teólogos católicos consideran la Biblia como un documento de fe humano de tiempos antiguos y no como la Palabra de Dios inspirada por el Espíritu Santo y con autoridad. (2 Tim. 3:16). La teología católica del siglo XX es parecida a la neoprottestante, es decir, la Biblia se convierte en Palabra de Dios cuando en ella se puede sentir la voz de Cristo. La Palabra de Dios es considerada como tal si el hombre la puede percibir por la experiencia, sin embargo es incorrecto, porque su valor es independiente de la propia experiencia.

Si se toma al Papa Benedicto XVI como un gran representante, al leer sus escritos llama enseguida la atención lo que también se puede ver en muchos teólogos actuales, es decir, el concepto bíblico de revelación no tiene ningún tipo de acogida en sus escritos. Nunca se habla de la Biblia como Palabra de Dios revelada por el Espíritu Santo. No se honra como revelación de la manifestación divina. Por el contrario se aceptan a menudo puntos de vista filosóficos que parecen concordar con lo que dice el cristianismo, como si las nociones filosóficas fuesen desde el principio cristianas. Lo mismo vale para justificar la ética. El modo de pensar de Ratzinger, típicamente católico, comienza por lo que es reconocible como divino en la naturaleza, es decir, por la creación y desde allí hace un puente hacia la posición cristiana. No se destaca la autoridad de las Escrituras, aunque tampoco se niega expresamente : se relativiza. La teología reformadora, con su principio “sólo las Escrituras” se ve confrontada con esta posición.

Sin embargo, en la iglesia católica también hay voces que se orientan más hacia la Biblia. En 1893, León XIII presenta en su encíclica *Providentissimus Deus* una enseñanza basada en las Escrituras, aunque esté sujeta a una interpretación católica. Se aparta claramente del entonces reinante liberalismo y cientificismo y remarca que entre la ciencia y la teología no pueden haber contradicciones pues, el mismo Dios que hizo el mundo también proporcionó la Biblia como revelación. Aquí aparece la Biblia en sentido clásico. La encíclica

*Divino afflante Spiritu* de Pío XII, (1943), sigue la misma línea. Los teólogos católicos aceptan y exigen conscientemente la investigación histórica de la Biblia como en *Providentissimus Deus* en contra de una interpretación metafórica de la misma. Consideran que la Biblia ha de ser interpretada literalmente, siendo la intención de Dios y de los autores que Dios utilizó. El Concilio Vaticano II explicó con gran claridad la inspiración y la infalibilidad de las Sagradas Escrituras. El teólogo Leo Scheffczyk, fallecido en el año 2005, presenta a la Biblia como sacramento en *Katholische Glaubenswelt, Wahrheit und Gestalt*, (Aschaffenburg: Pattloch, 1977; “Mundo Católico. Verdad y forma”). Según esta teoría, la Palabra de Dios está en la Escritura presente como el objeto en el símbolo. El símbolo es independiente de la percepción humana por lo que las Santas Escrituras son Palabra de Dios.

Sin embargo no se puede pensar que Ratzinger y sus compañeros se aparten de la tradicional enseñanza bíblica de su Iglesia o que estén a favor de ella. Se trata más bien de saber qué valor tiene para él la Biblia cuando se trata de establecer un dogma o una costumbre. Entonces, aquí llama la atención que la Biblia no tenga el peso que debiera tener. La Biblia es una fuente, conjuntamente con la filosofía y la tradición, entendiéndose por tradición la que los apóstoles transmitieron oralmente y que, según el catolicismo, no es que se oponga a las Escrituras, sino que va más allá. Ratzinger, más que dar un fundamento bíblico, argumenta a favor de la comprensión natural del hombre. Sin embargo está lo suficientemente capacitado como para no hablar de una teología o derecho natural general. Pone el principio filosófico como alternativa, como mejor alternativa frente al principio ateo o materialista y esto suena muy conservador. Por lo general carece de argumentación bíblica.

La iglesia católica nunca tuvo problemas en crear dogmas sin base bíblica. Ella se apoya en la tradición, es decir, en su doctrina de fe existente y esto es visto como apostólico incluso careciendo de fundamento bíblico. No me refiero aquí a los dogmas antieclesiásticos que se formularon en la Edad Media cuando la Iglesia todavía no existía como tal, sino en la doctrina de la transubstanciación, es decir, la enseñanza de la transformación del pan de la cena (hostia) que fue dogmatizado en el VI Concilio de Letrán en 1215 o en los dogmas de María de 1854 y 1950, para los cuales sencillamente no existe ninguna base bíblica. Esta es la razón por la que la crítica basada en la Biblia

es más dura con el protestantismo que con el catolicismo. El protestantismo se ve amenazado con hundirse porque entierra a su único fundamento: la Biblia. Por el contrario la iglesia católica no sucumbe tan rápido porque también tiene como apoyo a la tradición.

El hecho de que la iglesia católica extraiga sus dogmas de su doctrina, la acerca objetivamente al teólogo protestante F. Schleiermacher (1768-1834). Se le puede considerar como el padre de la teología moderna. Él dijo en uno de sus conocidos escritos “Über die Religion. Reden an die Gebildeten unter ihren Verächtern (1799; “Acerca de la religión. Un discurso destinado a gente culta bajo sus despreciadores”): “No tiene religión el que cree en las Sagradas Escrituras, sino el que no necesita ninguna y puede crearse una”. Aquí se presenta la religiosidad humana como base para tomar decisiones. Mientras que la iglesia católica siga renunciando a fundamentar sus dogmas por medio de las Escrituras, dependa de su tradición y doctrina y apruebe la infalibilidad papal será, frente a la definición bíblica de Iglesia, una falsa Iglesia.

En la iglesia católica también hay un movimiento político revolucionario y un grupo rotundamente liberal. Recuerdo de la teología de la liberación, muy conocida en Latinoamérica y en Europa también discutida, que interpreta la fe cristiana de forma marxista e invita a una lucha liberadora. Pienso más bien en teólogos como H. Küng y E. Drewermann a los cuales se les retiró el permiso de docencia eclesial y que, sin embargo, siguen perteneciendo a la iglesia católica. Aquí es especialmente notable el feminismo en el seno de la Iglesia misma. Al ocupar los hombres el clero se generó una protesta masiva. Teniendo en cuenta que los derechos de la mujer se reclamen en la teología católica sobre todo por mujeres católicas cultas, se puede pensar que a la Iglesia se le avecina un peligro real. Esto desprecia y descredita a los representantes del sistema católico. Es más, la mujeres modernas pueden estar entusiasmadas con el Papa y celebrarlo como una estrella del pop pero, sin embargo, no tienen escrúpulos en usar medios anticonceptivos (la píldora) prohibidos expresamente por el Vaticano. De modo patente se ve hasta dónde llega la autoridad en la iglesia católica. Esta nueva forma de pensar, autónoma, también le pasa tributo al catolicismo.

Una y otra vez, en la iglesia católica hay intentos por liberarse de las estructuras rígidas tradicionales. Como ejemplo se puede nombrar la

reunión sacerdotal en la archidiócesis de Friburgo. En el año 2001, cincuenta sacerdotes firmaron un documento de protesta en contra del juramento de fidelidad que tienen que aceptar ante la toma de un cargo eclesiástico. La dirección eclesiástica o el manejo de dinero o posesiones del clero más elevado es, a menudo, un motivo de disputa para los sacerdotes y feligreses.

El hecho que esta Iglesia, en principio, sea tan liberal en su doctrina como la mayoría de las iglesias protestantes, no deja entrever nada bueno. Se ha abandonado formalmente la base de la Iglesia de Cristo. Además, muchos de sus dogmas quedaron ocultos bajo la tradición, es decir, bajo la creencia de los feligreses como muy tarde desde la Edad Media. Sus dogmas son dictados por la gente. Esta Iglesia no se puede remitir a la Palabra de Dios en un sentido tradicional; es una iglesia de costumbres. Si hasta principios del siglo XX tenía como base a su autoridad un poder basado en la Palabra de Dios, ahora es una entre muchas de las ideologías y religiones. El modo de pensar de la ilustración y el materialismo presente la frenaron. Esta influencia es minimizada al carecer de sacerdotes, pero esto significa a su vez, que el motor que mantiene el sistema en funcionamiento va decayendo.

Puede ser que la iglesia católica, bajo la creciente influencia del islamismo, a la larga deje de tener importancia. Esto significaría entre otras cosas el fin de la cultura occidental. Sospecho que esto ocurrirá a finales de nuestro siglo. También puede ser que la iglesia católica sea capaz de unirse nuevamente a las fuerzas políticas y así aumentar su predominio en el mundo. Pero entonces podría acabar pervirtiéndose en un sistema seudocristiano cuyo carácter nos es suficientemente conocido por la Edad Media y la contrareforma. Las democracias occidentales todavía marcan una separación entre Iglesia y Estado y los estados laicos intentan que ninguna religión se pueda hacer con el poder.

### **3.3 El sacramentalismo**

En mi libro *Christus allein. Ein Plädoyer für den evangelischen Glauben* (Bielefeld: Missionsverlag, 1996, p. 106; “Sólo Cristo. Un alegato a favor de la fe protestante”) hablo del catolicismo bajo el concepto ‘sacramentalismo’. En la teología católica, con el concepto sacramento se entiende la unión de algo visible con Dios. Es sabido que la iglesia católica se tiene a sí misma como sacramento, porque

según ella misma enseña, se halla en unión invisible con Cristo y es la que realmente representa a Cristo en la tierra. La declaración de *Dominus Iesus* (2000, página 28) dice “la Iglesia es sacramento universal de salvación”. La unidad invisible con Cristo también se puede aplicar a los siete sacramentos por medio de los cuales la Iglesia, por convicción propia, transmite a cada uno la salvación que Cristo ha adquirido para la misma: bautismo, eucaristía, penitencia, órdenes, matrimonio y extremaunción.

El uso de los sacramentos se convierte en sacramentalismo, al enseñar que ellos funcionan casi automáticamente, es decir, solo poniéndolos en práctica (ex opere operato), como lo dice la iglesia católica y bajo la condición que el destinatario no le ponga freno, es decir, no peque voluntariamente contra el sacramento. Entoces es suficiente tener una fe depositada en la eficacia del sacramento. No es necesario reconocer y entender a Cristo, he aquí lo que el sacramento manifiesta.

Según la doctrina católica el efecto de los sacramentos es muy grande: con el bautismo se crea un hombre nuevo. En él se genera un ser divino. Es llenado con las tres virtudes divinas: la fe, la esperanza y el amor, de tal modo que ahora sólo tiene en sí mismo un ser divino. Esto es en cierta manera un potencial divino y los bautizados forman así una nueva humanidad. En base a la ordenación sacerdotal, los clérigos están en un nivel más elevado y gracias a su capacidad espiritual podrían mediar entre Dios y los hombres.

Según el catolicismo, cuando se pone en práctica un sacramento, ocurre algo invisible: se liberan fuerzas curativas y el hombre que recibe el sacramento se le concede realidad divina. Se “deifica” internamente. Así, el sacramento se convierte en interfaz entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre. Los sacramentos fascinan a la gente por su claridad, haciendo que participen con entusiasmo. Sin embargo, el sacramentalismo no tiene base bíblica, por eso sólo puedo llamarlo superstición.

Además, hay que añadir que la iglesia católica no conduce al cristiano a Cristo sino a hombres: a sacerdotes, obispos y al Papa que están interpuestos entre Cristo y el cristiano de modo imprescindible para la salvación. Así, el mayor peso recae sobre los sacramentos, en su puesta en práctica y participación, estando en directa competencia con Cristo pues, ante ellos, su obra redentora deja de tener valor.

Como los sacramentos, según la doctrina católica, transmiten la gracia divina, la Iglesia puede afirmar que el hombre es salvo por gracia. Pero aquí gracia no es una cualidad intrínseca de Dios, sino una cualidad espiritual que el hombre recibe por los sacramentos. Con este pensamiento se unifica el concepto ya mencionado de que el hombre es permanentemente criatura de Dios y que el pecado sólo es una enfermedad curable. Esta curación, sin embargo, sólo se manifiesta administrando al hombre virtudes espirituales, por eso los sacramentos son tan importantes para la salvación del individuo.

Sólo mencionar brevemente que, según las Santas Escrituras, la santa cena y el bautismo son los únicos sacramentos exigidos, ordenados y unidos a su correspondiente promesa por Cristo. Sólo se puede negar la legitimidad de los sacramentos añadidos por la teología católica como ya lo hicieron los reformadores.

### **3.4 La justificación por obras.**

En vista de la salvación del hombre tenemos que ocuparnos de la doctrina católica sobre la justificación del individuo. Aquí, como ya se sabe, nos encontramos frente a la diferencia doctrinal más grande entre la reforma y el catolicismo. Esta diferencia fue "minimizada" con la "declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación" del año 1999.

¿Cómo llegaron a esta declaración? Después del Concilio Vaticano II, delegados de la iglesia católica y de la Federación Luterana Mundial comenzaron a dialogar para quitar los temas conflictivos y condenaciones mutuas ya existentes desde la reforma. El tema central eran los diferentes puntos de vista sobre la justificación. Estas conversaciones se prolongaron más de una década llegando finalmente a la "declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación". Fue firmada en el año 1999 en Augsburg en el día de la Reforma. Este documento es válido para la Iglesia Protestante Alemana (EKD) y para muchas otras iglesias protestantes.

Esta declaración se apoya en Agustín, padre de la Iglesia (354-430), que es bien visto entre muchos protestantes y a quien Lutero también admiró. Enfatiza pues, que la iglesia católica deja de predicar la doctrina franciscana de finales de la Edad Media, es decir, tener que ganarse la salvación, con la que Lutero se tuvo que enfrentar. La frase

"Dios no le niega la gracia al que hace lo que puede" ahora ya no es más una doctrina católica. Si los Franciscanos pensaban que el hombre podía dirigirse a Dios por voluntad propia recibiendo así la gracia de Dios, la iglesia católica afirma hoy en día que la inclinación natural del hombre sólo puede conducirlo a Dios, si ÉL por Su gracia lo predispone con anterioridad. Así pretende ser reformadora, diciendo que el hombre es salvo sólo por gracia. Pero en la práctica el hombre tiene que colaborar con Dios y poner de su parte. No es sólo Cristo quien salva al hombre, ni la fe en Cristo y en su obra en la cruz, sino la acción humana en la búsqueda de Dios, en la preparación interior y en la piedad externa, que son añadidas a la obra de Cristo.

La doctrina de los sacramentos es fundamental para el concepto católico de la justificación. A través del bautismo el hombre nace de nuevo y recibe una vida nueva y un ser divino. Esta realidad en el hombre tiene que ir siendo estimulada, cuidada y fortalecida a través de los otros sacramentos para que externamente, como nueva criatura en Cristo, aporte el fruto de las buenas obras. Por eso, en la literatura católica y en sus sermones, siempre se dan al hombre ejemplos a seguir: santos, mártires ascetas y por supuesto Cristo mismo. Su ejemplo y su recompensa es un estímulo a seguir. Si el católico no hace buenas obras, no se ve la renovación interior y se queda inseguro acerca de ésta. Sólo acumulando buenas obras puede ver que su cristianismo no es tan sólo imaginación sino realidad. Sin embargo ignora si ha hecho lo suficiente, más bien vive con la convicción de no haber hecho lo que podía haber hecho. Toda su vida tiene que enfrentarse a un "debe" insaciable, por eso para él no existe la seguridad de la salvación. En el mejor de los casos puede tranquilizar su conciencia confesando sus pecados y siendo liberados de éstos mediante un sacerdote. Para el desarrollo de su carácter santo necesita los otros sacramentos, especialmente la eucaristía como a algo existencial. De este modo una parte de su vida está unida a la iglesia para conseguir las fuerzas de la gracia por medio de los sacramentos y el uso de los símbolos „sagrados“, por los que es proveído para la peregrinación terrenal, para hacer buenas obras y morir finalmente en nombre de la santidad.

Justificación según la doctrina católica significa “hacer justo al hombre en forma efectiva” e incluye el desarrollo del hombre recto. La verdadera sentencia de justificación sólo se producirá en el divino juicio final. Allí se van a incluir en la balanza las obras que él haya

hecho y serán tenidas en cuenta. La doctrina (bíblica) protestante de la justificación por la fe del cristiano y de su seguridad en esta vida está expresamente condenado por el Concilio de Trento (1545-1563, el Concilio de la Contrarreforma).

En la „declaración conjunta“ se enfatiza el concepto de la real renovación interior del hombre. Esa doctrina también influyó en el neoprottestantismo de tal modo que hasta protestantes conservadores aprobaron dicha declaración, pero no por ello se convierte en un concepto bíblico.<sup>1</sup>

### **3.5. La discrepancia entre pretensión y realidad**

Dondequiera que se afirme que el nuevo hombre ya esté aquí y que el nuevo mundo ya exista, pone de manifiesto una ruptura entre pretensión y realidad. La iglesia católica se otorga el derecho de ser el nuevo pueblo santo de Dios. Ella intenta poner en práctica este derecho declarando la ética bíblica como código instituido por Dios para el comportamiento cristiano. Los hombres deben amarse mutuamente, eso es también el mensaje principal de la última encíclica papal. El comportamiento del cristiano siempre es ampliamente descrito y exigido, sin embargo no coincide normalmente con lo que debería ser. La pretensión de ser más santo que el mundo no bautizado no se cumple. El cristianismo católico no es en absoluto un mundo perfecto ni el nuevo pueblo de Dios sino que, como todo ser humano, forma parte de la vieja y caída humanidad.

Eso también se puede aplicar al clero católico que, a raíz de la ordenación sacerdotal, pretende tener un nivel espiritual superior al del feligrés común y también una virtud espiritual con la que poder mediar entre Dios y el hombre. Esta unión especial con Dios se pone de manifiesto particularmente con el celibato. Pero es sabido que el celibato forzado puede conducir, en muchos casos, a hijos ilegítimos, al abuso de niños o a la homosexualidad. También es verdad que los clérigos luchan entre sí por el poder, se entregan a la vanidad y son tan humanos como los demás. La pretensión de mantener una santidad especial lleva inevitablemente a la hipocresía y a una pérdida de credibilidad que lleva a la Iglesia al ridículo.

---

<sup>1</sup> En mi libro *Christus allein. Ein Plädoyer für den evangelischen Glauben* (Bielefeld: Missionsverlag, 1996, p. 60-78, “Sólo Cristo. Un alegato a favor de la fe protestante”) presento una amplia explicación sobre el punto de vista bíblico del nuevo nacimiento.

Bíblicamente correcto es no negar o esconder los pecados, sino admitir que uno es pecador y yerra cada día, ya sea por obras o con el pensamiento, por palabras o por omisión de éstas. La Biblia dice en 1. Juan 1,8: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" Por eso es peligrosa toda pretensión humana de ser más santo o más semejante a Cristo que los demás.

### 3.6 El papado

El Papa se denomina a sí mismo como jefe espiritual de todos los bautizados. En la publicación *Dominus Iesus* se habla del Primado "que por voluntad de Dios posee y ejercita objetivamente sobre toda la Iglesia el Obispo de Roma" (p. 23). De este modo, el papado se hace a sí mismo garantía de la unidad de la Iglesia de Jesucristo y exige que le reconozcan todas las que creen en Cristo, incluso los que no son católicos. La teología católica da por sentado que todos los cristianos y sus las iglesias cristianas están unidos de manera no visible con la Iglesia católica. *Dominus Iesus*, en sintonía con declaraciones anteriores, califica a las iglesias protestantes como "Comunidades eclesiales" y dice: "El Espíritu de Cristo no ha rehusado servirse de ellas como medios de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de la gracia y de la verdad que se confió a la Iglesia". Esto corresponde con la imagen ya descrita del mundo y del hombre, según la cual todas las cosas están inclinadas hacia Dios y, por lo tanto, todas las iglesias están predispuestas a la unidad con la Iglesia católica. De este modo, el Papa reúne a toda la cristiandad. Esto significa, por ejemplo, que se ve responsable de los bautistas de los estados del sur de EEUU, aunque estos no tengan nada que ver con él.

El papado es el mayor problema que la Iglesia protestante tiene con la Iglesia católica. Se ha desarrollado como idea humana a lo largo de la historia. Su existencia ni se puede justificar por la Biblia, ni se puede ver que hubiese uno al principio por la historia de la iglesia.

A pesar de que el papado se intente justificar bíblicamente, las referencias bíblicas y su aplicación a un "ministerio de Pablo" son evidentemente incorrectas. La Biblia nunca habla de un "ministerio de Pablo" prolongado a lo largo de la historia. Tampoco habla de que haya que obedecer necesariamente a los sucesores de Pedro, ni de una sede católica apostólica, ni de la primacía del obispo católico

(Primado) para salvarse. Todavía se debate si Pedro estuvo alguna vez en Roma, pues no hay ninguna prueba de ello; más bien, se deduce de la conclusión de 1ª de Pedro 5:13, donde se tiene a "Babilonia" como a Roma. No hay ningún indicio en las Escrituras ni en los primeros escritos cristianos de que Pedro haya dejado a un obispo como sucesor suyo: el obispado monárquico. Es decir, no se tiene constancia de que en los tiempos apostólicos una iglesia fuese dirigida por un obispo como si fuese un monarca. Tampoco hay base alguna para suponer que Pedro fuese el primer Papa.

Según la Biblia, a Pedro se le concedió una posición importante. En Mateo 16:18-19 Jesús dice: " Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos". Estas palabras se cumplen cuando Pedro abrió la puerta de la Iglesia a los judíos en Pentecostés (Hch 2:37-41), a los samaritanos (Hch 8:14-17) y a los gentiles en casa de Cornelio (Cesarea) (Hch 10:34-48). Después de esto, Pedro ejerce su apostolado igual que los demás, dando testimonio del evangelio. Así, los apóstoles gobiernan la Iglesia de Cristo hasta su venida.

La Iglesia católica en seguida ganó gran reputación, pues era la Iglesia de la capital imperial, pero no por esta razón se llegó a formar el papado. Cuando alrededor del año 300 la Iglesia se dividió en diócesis, creció el poder de los obispos en las metrópolis. Se formaron patriarcas en Jerusalem, Antioquía, Constantinopla, Alejandría y Roma y se originaron peleas en la cristiandad por ocupar una posición elevada. El paulatino debilitamiento del Imperio occidental, hasta caer en 476, favoreció la pretensión de los obispos católicos, pues aprovecharon la falta de poder. Después de que los musulmanes hiciesen desaparecer en el s.VIII a la mayoría de los patriarcas, sólo quedó Constantinopla y Roma. Finalmente, gracias a la división de la Iglesia oriental en 1054, el Papa pudo imponer su supremacía en la cristiandad occidental.

Las primeras pretensiones papales ya se encuentran en el s. III, cuando Calixto I (221-227) se declaró a sí mismo "el obispo de obispos" y dijo que los pecados de fornicación pueden ser perdonados en "urbi et orbi" (es decir, en Roma y en toda la tierra). Leo se tuvo a sí mismo

como sucesor de Pedro y se atribuyó los poderes eclesiásticos más elevados. Sin embargo, todavía quedaba un largo camino hasta pretender tener la autoridad suprema en el mundo. Se pasó desde la acumulación de bienes, documentos falsificados, donaciones monárquicas, hasta luchar por el poder con medios mundanos contra el Imperio medieval. Finalmente, Bonifacio VIII dogmatizó en 1302 en la famosa bula *Unam sanctam* las pretensiones católicas. Mediante una interpretación carente de sentido de Lucas 22:38 (“Entonces ellos dijeron: Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo: Basta.”), se llega a afirmar que la Iglesia tiene dos espadas en su poder: la terrenal y la espiritual. La primera es para proteger a la Iglesia, la segunda la lleva la Iglesia. Esta última pertenece a los sacerdotes, mientras que la otra la lleva la autoridad terrenal, pero sólo hasta que lo disponga el sacerdote. Ahora bien, una espada debe estar subordinada a la otra, el poder del mundo ha de ser sometido al poder espiritual. Esta bula todavía es válida.

El colmo de las pretensiones (papales) es el dogma de la infalibilidad de 1870, en el que se reafirmaba lo que parte de la Iglesia católica ya creía desde hacía siglos. Este defiende que el Papa es infalible cuando declara "ex cathedra", es decir, proclama una enseñanza válida para toda la Iglesia. Llama la atención que el Papa también pretenda tener el poder judicial supremo en el mundo. Esto concuerda con la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII. El Concilio Vaticano I decidió en 1870: "como el obispo católico, a través del derecho divino de la supremacía apostólica está a la cabeza de toda la Iglesia, enseñamos y proclamamos: el obispo católico es el juez supremo de todos los creyentes y todos los litigios que requieran la intervención eclesiástica deben apelar a este tribunal. Las sentencias papales no pueden ser apeladas, pues no existe mayor autoridad y nadie puede juzgar a dicho tribunal, y este no puede ser juzgado por nadie (Neuner/Roos, *Der Glaube der Kirche*, 447 “La creencia de la iglesia”). De este modo, el Papa se adjudica la jurisdicción suprema, de modo que tiene la última palabra en toda la Iglesia de Cristo.

A primera vista parece que la autoridad papal se limita en cuestiones religiosas. Pero también puede ser apelada en asuntos mundanos, como lo hicieron Chile y Argentina en 1979 en su disputa por la posesión de tres islas en Tierra de Fuego. El tribunal papal aceptó este caso y publicó su sentencia en 1985. No sé hasta qué punto este tribunal decide sobre cuestiones no religiosas. Sin embargo, está claro que, en

base del derecho papal de la Edad Media, se resta poder a la soberanía del Estado, a favor de un orden establecido por la Iglesia. Los países miembros de la Unión Europea también deberían tener esto en cuenta, pues la UE está limitando la soberanía nacional en favor de la integración europea. En el caso de que se quisiese incluir a Diso en la constitución (que en si esto es positivo), esto sería, por supuesto, para la iglesia católica la base de la autoridad papal, poniéndose así como portavoz de la cristiandad europea. Esto sería inaceptable para los protestantes.

La tesis de que el Dios trino es manifestado infalible en el obispo de Roma, hace pensar en gran medida en el totalitarismo. Con la pretensión de ser infalible, el Papa se adjudica una cualidad divina, una actitud que en forma y contenido contradice a las Escrituras. No hay ninguna base bíblica que haga pensar que el obispo católico sea infalible. La Escritura no exige a la Iglesia en ningún pasaje a escoger un sustituto de Cristo y al que se someta. Las pretensiones papales hacen más bien pensar en las declaraciones bíblicas sobre el Anticristo que se sienta en el templo de Dios haciéndose pasar por Dios (2 Tes.4:4). Por ello, Lutero, ya en aquel entonces (más de 300 años antes del dogma de la infalibilidad) proclamó que el Papa era el Anticristo. El obispo del estado Federal de Baviera (Alemania), J.Freidrich propuso en 2001 aceptar al Papa como portavoz de toda la cristiandad. Según él, esto es un paso en el reconocimiento del ministerio del Papa. Una Iglesia que sintoniza con las revelaciones bíblicas y con los reformadores no puede y no seguirá este camino.

### **3.7 La veneración de la virgen**

“Con María abramos las puertas al Redentor”, este fue el lema de un congreso mariano en Chile (1980) al cual una tarde asistí por curiosidad. El lema era acerca de una gran cinta encima de un santuario a la virgen, al lado de la carretera Paramericana. Esto refleja de nuevo el papel que juega la teología católica y la correspondiente teología popular. Se supone que con su intercesión abre camino hacia el Salvador, convirtiéndose así en una especie de “secretaria de Cristo”.

La teología católica continuamente hace hincapié en que la devoción a María no es adoración y que sólo se debe adorar a Dios. Sin embargo, en la práctica, la gente clama tanto a María como a Dios. Ella no se

puede ver como Dios, ella no es visible y según los dogmas bíblicos de 1854 y 1950, ella ha sido concebida sin pecado, así como Cristo ha ascendido al cielo en cuerpo y alma . La gente se dirige a ella como se dirige a Dios y espera ayuda de ella. La división entre veneración y adoración es pues, en gran parte, puramente teórica. Por esto, el invocar a la virgen presenta rasgos de idolatría que más tarde se manifiestan en que la gente se hace con una imagen y se inclina ante ella.

Todavía falta un dogma que convierta a María en coredutora, mediadora e intercesora. En la actualidad esto está fomentado por algunos sectores del clero católico. Bajo el deseo de este dogma, se esconde la convicción que María, como reina de los cielos, puede asegurar la paz mundial. De este modo, el culto a María toma una dimensión política mundial. Pero con los dogmas marianos vistos hasta ahora, el católico se aparta de la Biblia. Este nuevo dogma sólo hacía reforzar el carácter idólatra del catolicismo. Justificaría definitivamente la devoción a una divinidad femenina que por lo menos ha hallado lugar en la Iglesia a partir del s.V.

En las Escrituras se presenta a María como una persona normal y corriente, que necesita la gracia divina. En base a esta gracia pudo traer al Hijo de Dios al mundo. La gracia de Dios no convirtió a María en una mujer santa en sí misma, si no que siguió siendo una mujer pecadora que necesitaba la salvación. Fue reconciliada con Dios por su Hijo y justificada por la fe, como los demás. Su fe, su humildad y entrega es y sigue siendo un ejemplo para la Iglesia, pero nada más que esto.

El concepto de llegar al Salvador por medio de María no es correcto porque Jesús mismo dice de sí mismo “yo soy la puerta” y “yo soy el camino”. La idea de que existe otro camino y otra puerta que conduzca hacia Él que deba ser abierta con la ayuda de María no tiene ningún fundamento bíblico. Está claro que en la piedad católica, María está colocada delante de Cristo y de este modo bloquea la puerta que es Jesús mismo. No necesitamos a María para llegar a Cristo. Él mismo se hizo carne, vino a junto de nosotros y, según la Escritura, llega a nosotros por medio del Espíritu Santo. Cristo está de por sí a favor nuestro, pues nos ha amado de tal modo que ha dado su vida por nosotros. No necesitamos a María para convencerle que nos salve pues, Él mismo es el reconciliador y, como tal, nuestro intercesor ante

el Padre. Sólo Él puede abogar eficazmente por nosotros, pues ha llavado a cabo el sacrificio aceptable a Dios por nuestros pecados. Dios nos ha dado el nombre de Cristo para que por medio de Él oremos a Dios y Él ha dado grandes promesas para aquellos que oren en el nombre de Jesús. Por esto no tiene sentido tener a María como intercesora. Ella dificulta el conocimiento de Cristo e impide la oración con Dios.

### **3.8 Otros aspectos contadictorios con las Escrituras**

#### **3.8.1 La veneración e invocación a los santos**

El catolicismo tiene a los santos como gente que después de muerta fue santificada por decreto papal. Esto es siempre muy problemático pues, sólo Dios puede declarar a alguien salvo o perdido. Ningún Papa ni ninguna congregación católica tiene el poder o conocimiento para beatificar o santificar a alguien. Los santos son adorados por su supuesta naturaleza divina, para que no se considere que se adora una criatura o se comete idolatría. Aquí no se ve una de las consecuencias de haber entendido equivocadamente la justificación. Según el catolicismo el hombre es hecho justo al recibir la naturaleza divina por el bautismo. La veneración de los santos roza la superstición pues, en las Escrituras no existe tal divinización del cristiano. Esto también implica la veneración de las reliquias pues también se basan en el principio que los restos mortales de una persona formaron parte de un ser divinizado.

Oficialmente se veneran a los santos para que en situaciones de necesidad intercedan o ayuden al hombre. En la práctica esto ocurre en la liturgia cuando se hace una confesión general de los pecados: se pide a María, los ángeles y los santos (es decir, criaturas) para que intercedan por los penitentes. Normalmente se reza tanto a los santos como a Dios. Aquí también me refiero a los así llamados santos auxiliares que se invocan en diversas necesidades o se tienen como poderes protectores.

La invoación a los santos se justifica diciendo que se le pide a los demás cristianos orar por ellos. ¿Por qué no se podría invocar a otros cristianos ya muertos, pues pertenecen a la Iglesia igual que nosotros, sólo que ya se adelantaron y están en el cielos con Dios y los demás justos? Pues no se adoran como se adora a Dios, sino que se les pide

que intercedan ante Dios. Para que Él, el dador de todos los dones, nos haga llegar su gracia especial. Con respecto a esto en primer lugar se puede decir que la comunicación entre vivos y muertos no tiene fundamento bíblico. La consulta de los muertos está condenada expresamente (Deut. 18:12). En la Biblia nunca se pide venerar a gente santificada, ni siquiera tiene carácter bíblico. Dios nos ha dado mas bien el nombre de Jesús y en este nombre la autoridad de llamarlo como padre como se le puede replicar a la veneración de María. Sólo Dios es Dios y debe ser venerado e invocado y Él es misericordioso a todos los que le invocan (Sal. 86:5; Joel 3:5; Hechos 2:21)

### 3.8.2 La indulgencia

Nosotros los protestantes pensamos que el tema “indulgencia” fue el causante de la reforma, hubies sido trabajado de tal modo que no creara polémicas. Pero entonces se publicó en noviembre de 1998 la bula de *Incarnationis Mysterium* del Papa Juan Pablo II para el gran jubileo del año 2000. En ella se anuncia una indulgencia especial para los años jubileos. Esta es una costumbre que proviene de la Edad Media y que significaba una “bendición” en sentido financiero para la Iglesia católica. Esta bula pone de manifiesto la idea ya antigua de que la indulgencia es necesaria para evitar castigos temporales. Explica que sobre todo los pecados graves como apostasía, homicidio y adulterio son perdonados por el sacramento de la penitencia, de manera que el hombre es liberado de su culpa ante Dios. Pero el pecado y su perdón tienen consecuencias para los creyentes. El pecado también tiene sus consecuencias temporales y éstas han de ser vistas como medio de disciplina divina y hacer obras de arrepentimiento. Puesto que en la Iglesia está en comunión, por los feligreses que se apoyan mutuamente, a favor de ellos está el tesoro del exceso de las buenas obras que los santos hicieron en su día. Si compran una carta de indulgencia pueden acortar o anular los castigos temporales y esto también se puede hacer por los difuntos.

Para adquirir una indulgencia la bula exige obligatoriamente confesar los pecados y reconocer que uno no ha correspondido al llamado de santidad y exhorta a buenas obras. En el documento adjunto “Disposiciones para obtener la indulgencia jubilar” se prescribe el sacramento de la penitencia y de la eucaristía. Después se mencionan los requisitos necesarios para adquirir la indulgencia. Entre otros está

la participación devota en la misa o en otras ceremonias litúrgicas, la visita de ciertas basílicas en Roma y también a pobres o enfermos, con lo cual uno estaría peregrinando simbólicamente al Cristo que vive en ellos, o por lo menos renunciar por un día al tabaco o al alcohol y hacer una ofrenda para obras caritativas u otras formas de sacrificio propio. Dicho de otro modo, “Tan pronto como la moneda en el cofre resuena, el alma en el cielo brinca sin pena” sigue siendo válido (por ejemplo para el alma del padre que sufre en el purgatorio).

Ni el purgatorio (que ahora se llama “estado de purificación”), ni las indulgencias en sí mismas, ni la posibilidad de adquirir indulgencias por medio de obras religiosas en general, tienen base en la Santa Escritura. Aquí también se puede decir que simplemente se trata de superstición.

### 3.8.3 Sacramentales, símbolos santos y fiestas

Los sacramentales (bendiciones de toda clase) y los llamados símbolos santos (como el agua bendita, el rosario, el lienzo de Trier o la cruz en cruces de caminos), así como también las fiestas en honor de María, las fiestas del día de Corpus y más cosas entraron a lo largo de la historia de la Iglesia católica, en su modo de pensar y de culto. Según la doctrina oficial, no sirven para recibir la gracia divina, pero preparan a uno. A pesar de que dictan la vida de muchos católicos, en las Escrituras no hay mandamientos acerca de ellos. Es un error pensar que se puede abrir más camino a la gracia por medio del agua bendita y del rosario. Se pasa por alto que el hombre no puede hacer nada por su estado pecaminoso y, sobre todo, que Dios descendió en Cristo y por medio de su Palabra, la cual creemos nos hace llegar a la completa salvación.

## 3.9 Resumen

A modo de resumen podemos concluir diciendo que la Iglesia católica no contradice o niega abiertamente lo que dice la Biblia, pero tiene muchas ideas ajenas a la misma y las mezcla con ella. Lo que es lo mismo que: la luz proviene de la Biblia, pero pasando por el prisma de las gafas de la religiosidad pagana y conceptos filosóficos se deteriora y se altera. Parece que es la luz de evangelio, pero se corrompe por medio de la filosofía y de la religiosidad natural convirtiéndose en luz de confusión. Por ejemplo, con el llamado de Pedro afirma que el

papado es bíblico. Toma la figura bíblica de María y la convierte en reina de los cielos. Haciendo referencia al nuevo nacimiento bíblico, afirma que en la justificación el hombre se deifica. En la Biblia hay referencias a tales doctrinas, pero esta formulación final es contraria a la misma.

También muchas prácticas religiosas conocidas en el mundo de las religiones tienen su lugar en el culto católico y están mezcladas en gran manera con lo que dice la Biblia. De este modo parecen cristianas, pero en realidad expresan una religión nacida de la incredulidad humana.

A la luz de las Santas Escrituras sólo puedo llegar a la conclusión de que el que confía en las doctrinas de la teología católica, no es llevado a Cristo, incluso si en su fe Cristo ocupa un lugar importante. Según las Santas Escrituras el punto de encuentro entre Dios y los hombres es Cristo mismo hecho hombre. En Él y sólo en Él está unida la divinidad con la humanidad. Cristo habita y vive en el cristiano por medio del Espíritu Santo y el hecho de tener fe manifiesta que Cristo vive en él. Debido a ideas que no son bíblicas, la Iglesia católica ha dejado crecer muchas malas hierbas en el camino bíblico pensando que el poder de Dios actúa en otros lugares y llega al hombre de otro modo para salvarlo. Se puede decir que según la enseñanza católica, el hombre puede encontrar a Dios en cada sufrimiento y buena obra. Por eso, Karl Heim dice con razón: "El secreto del catolicismo es la sobrecojedor experiencia de la unión mística con Dios [la unión oculta con Dios, BK], el estar llenos de Dios. Esto es el *mysterium fascinosum* [el secreto fascinante, BK] alrededor del cual gira la ceremonia de la Iglesia católica, el renunciamiento a las cosas mundanas y a las órdenes caritativas. Esto sintoniza con el deseo de misticismo de nuestros días, con la sed de experimentar algo grande". (p.11)

Heim también plantea la cuestión de si deberíamos caer en los brazos abiertos de la Iglesia madre, pero su respuesta es: "...no podemos seguir el camino hacia Dios que nos muestra la Iglesia católica." (p.7). Hay suficientes razones por las que no podemos hacernos católicos romanos. Ya he mencionado y explicado unas pocas. También quisiera añadir: Aún sería poco alejarnos de la Iglesia católica sólo por estos problemas. ¿Adónde hemos de ir? El materialismo neopagano de nuestra sociedad postmoderna es una mala alternativa y las otras

religiones no ofrecen ni perdón de pecados ni una nueva vida. Nuestro camino como cristanos de la reforma sólo puede llevarnos a una nueva toma de conciencia del sentido de la reforma.

## **4. ¿Qué tenemos los protestantes?**

La respuesta sólo puede ser: Tenemos el evangelio de Jesucristo. Lo quiero explicar con la ayuda de los cuatro “sólo” de la reforma: sólo Cristo, sólo gracia, sólo fe y sólo la Escritura. Este "sólo" suena incompleto, pero no lo es. Más bien afirma que lo que se realza cubre todas las necesidades y el que por ejemplo no confía sólo en la gracia, sino pone al lado las buenas obras, la pierde por completo. Estos cuatro "sólo" quieren subrayar la propia pureza y el valor. Es como en el caso del oro. Cuantos más quilates tenga, más puro es, más oro hay (“sólo”), sin mezclas que disminuyan su valor.

### **4.1 Sólo Cristo**

La reforma sirvió de manera especial para conocer a Jesucristo. Lutero se dio cuenta por medio de la Biblia que en Cristo hay una verdadera salvación, completa, libre y abierta a todos y que el hombre es salvo en Cristo. ¿Qué significa esto?

Cristo es nuestra justicia. Esto significa que, en primer lugar, él mismo tenía que ser perfectamente justo. Cristo no tenía pecados pues siempre cumplió todas las exigencias de los mandamientos divinos. Pero él es nuestra justicia sobre todo por haber llevado el castigo de nuestros pecados (Gal. 3:13). De este modo cumplió con todas las exigencias que la ley divina nos exigía a nosotros los pecadores. La justicia de Dios en Cristo es el centro del evangelio (Rom. 1:17).

Cristo es nuestro sustituto, él obra en nuestro lugar, pues nos reconcilió con Dios. Lo hizo sin nuestra intervención, pero para nuestro bien. Él hizo todo lo necesario para nuestra salvación. Por eso dice la Escritura, que “en Él” tenemos la salvación. La sustitución es un tema central en la Biblia que llevó de nuevo a la luz por medio de la reforma.

Cristo es el único mediador. La Biblia dice: “Porque hay un sólo Dios, y un sólo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a si mismo en rescate por todos”(1Tim 2:5,6). Por eso sobra la búsqueda de más personas entre el mediador y nosotros. Él,

con gran agrado, se pone a nuestro lado, por lo que no hace falta a María como coredentora. Asimismo, los santos no deben estar al lado de Jesús y ser objeto de veneración o casi adoración para que nos abran la puerta de la salvación. Dios nos ha dado a su Hijo. Como Él es el mediador, no es necesario el clero católico con el supuesto sustituto de Cristo a la cabeza. Cristo es la puerta abierta a la casa del Padre, y en el nombre de Jesús podemos llamar a Dios como Padre. Su nombre tiene importante para el Padre pues, es el reconciliador. Por eso decimos con toda verdad: Sólo Cristo es suficiente.

Según la Escritura, Cristo no sólo es nuestra justicia, sino que también nuestra sabiduría, nuestra santificación y nuestra salvación (1 Corintios 1:30). La Biblia nos enseña con esta definición que en Cristo tenemos toda la plenitud de la salvación. Todo lo que tenemos y queramos experimentar en la salvación, tenemos que buscarlo en Él. Si no, tenemos sabiduría propia y somos nosotros mismos los que buscamos nuestra salvación y nuestra justificación. La Biblia nos enseña abundantemente que todo lo tenemos en Cristo (véase Efesios 1:3-14 o toda la epístola a los Hebreos)

Tenemos en Cristo la obra completa hecha una vez para siempre. Nos cuesta verlo, pues pensamos que: "También deberíamos hacer algo, por lo menos debemos aceptar la salvación en Cristo." Sí, esto deberíamos, pero no de tal modo que tuviésemos que añadir a la obra de Cristo la aceptación de la salvación. Si aceptamos a Cristo lo hacemos con una fe que reconoce que en Él ya está hecho todo lo que es necesario para nuestra salvación. La obra efectuada una vez por Cristo no puede tener competencia. No se puede estar repitiendo en la misa, por medio del sacramento, como lo enseña la Iglesia católica. El concepto de repetición es un ataque directo contra el "una vez para siempre" bíblico. La realidad de la Salvación está en Cristo y no en la repetición de símbolos sagrados.

## **4.2 Sólo la gracia**

Según la Escritura, la gracia no es algo infundido dentro del hombre (por los sacramentos), algo que yo deba tener y asegurarme de que lo tengo. La gracia es una actitud de Dios. Dios, en su bondad, decidió salvar al mundo. Esto no se puede dar por supuesto, pues el justo castigo del hombre y su pecado es la condenación eterna. Dios no haría nada injusto si dejase sufrir los hombres la muerte eterna. Pero

Él tiene compasión de sus criaturas pues no quiere la muerte del pecador. Por eso busca un camino para ser misericordioso con él, sin negar su justicia. El encontró este camino en Jesucristo. Él cargó en Cristo todos los pecados del mundo y por su muerte hizo la expiación que exigía su propia justicia. De este modo Dios perdona al pecador, no atribuyéndole más los pecados, sino la justicia de Cristo. Por medio de Cristo Dios usa de gracia para con ellos.

Gracia significa que ninguno puede contribuir a su salvación. Todo le ha sido regalado sin haberlo merecido de algún modo. Tampoco se han de aceptar condiciones que parezcan bíblicas como: “Depende de tu decisión; haz penitencia, arrepiéntete para que Dios te acepte.” Está claro que el hombre que se arrepiente “quiere” tener a Cristo como su Salvador. Pero la Escritura dice expresamente: “Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”(Rom. 9:16). Por lo tanto si existe un hombre que por medio de los mandamientos de Dios reconoce sus pecados, entiende que puede ser salvo por medio de Cristo, clama a Dios y le pide el perdón por los pecados, esto no es algo que haga el hombre de por sí, sino la obra de Dios en él.

La imagen más bonita de ello es la del hijo pródigo (Lucas 15:11-24) que gastó toda su herencia con prostitutas y al final acabó cuidando cerdos. Sin embargo, a pesar de ello, vuelve a la casa del padre y es recibido misericordiosamente por el padre. O pensamos en Pablo (Hechos 9:1-19): No había ninguna preparación consciente para recibir la gracia, sino una lucha en contra de Cristo. Pero Dios, en su voluntad llena de gracia, hizo que se convirtiese y le perdonó los pecados. El hombre no puede ni tiene que prepararse para recibir la gracia, sino que Dios se la da al hombre para que lo pueda reconocer y creer en Él. De este modo el hombre recibe la gracia, y esta significa que Dios es libre en sus decisiones. Él se complace de quien quiere.

Gracia significa finalmente que Dios desciende de tal modo que se acerca al hombre en su pobreza y prisión de culpabilidad. Él lo hace proclamándole el evangelio y dándole la promesa de tomar parte en Cristo por el bautismo y la santa cena. Él se acerca al hombre con un cuerpo terrenal y antes de que el hombre pueda hacer algo, Dios ha despertado la fe en su corazón.

Ningún protestante puede negar que la gracia tiene efectos positivos y sanadores en el ser humano. La Biblia dice: "...enseñándonos que,

renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente" (Tito 2,12). La gracia no substituye el pecado por la justicia. Permanece el pecado y todo el ser sin Dios, pero en la fe en Cristo el cristiano lo va a tener por muerto y vencer a sus ataques. Tomando una imagen: toda su vida se va a ver obligado a tener bajo control su "corazón salvaje", hasta que la muerte le dé lo que merece. Así, el cristiano encuentra el espacio libre para vivir para la gloria de Dios. Y la muerte no es el fin, sino que después viene la resurrección y una vida nueva, santa y eterna.

Sólo la gracia. Eso no encaja en el sistema católico porque está entrelazada con obras meritorias, es decir, con obras humanas, sin las cuales no habría justificación. En teoría, estas obras sólo están hechas con el poder de la gracia. En la práctica, el hombre tiene que esforzarse para llevarlas a cabo, como en cualquier otra obra.

Sólo la gracia, es el fin de todos los esfuerzos humanos que quieren hacerse dignos de la gracia de Dios.

### **4.3 Sólo la escritura**

La diferencia fundamental entre la forma de pensar católica y reformadora es que el protestantismo tiene la santa Escritura como última autoridad infalible, pues ella da testimonio por sí misma de ser Palabra de Dios. El catolicismo también predica la Escritura, pero teniendo en cuenta la interpretación infalible de la enseñanza papal y, en un sentido más amplio, también de la tradición. Se hace otra vez visible cómo la Iglesia católica se pone delante de Cristo. Tiene como medida su propia interpretación de la Biblia aunque con ella tenga contradicciones importantes.

En el Nuevo Testamento tenemos lo que los apóstoles nos querían decir. No hay ningún motivo para suponer que las ideas apostólicas que no forman parte de la Escritura, dependen de una tradición no definida y que pueda seguir desarrollándose por decretos conciliares o decisiones doctrinales papales. Estos elementos añadidos hacen que se estropee el perfecto ideal de la Palabra de Dios. En la Biblia tenemos la palabra de Dios tangible para el ser humano. Ella no debe ser interpretada en base a un patrón filosófico, sino que ha de ser interpretada por sí misma. Ella nos muestra lo que hemos de creer y es a ella a quién debemos creer.

La Escritura es la Palabra de Dios inspirada por el Espíritu Santo (2 Timoteo 3:16), en ella Dios muestra su voluntad por la ley y por el evangelio. Es la luz a nuestro camino que no necesita otra luz para ser visto, sino que puede ser y debe ser proclamada por su propia energía. Eso era el punto de vista de la reforma. Lutero dice: “La santa Escritura debe ser un escrito claro, fácil y seguro, más que cualquier otro, porque todos los maestros comprueban sus enseñanzas por estas palabras más claras y más firmes y quieren afirmar y explicar sus escritos por medio de ella. Así nadie puede fundamentar un mala predicación por medio de otra peor. Por eso vemos que es necesario ir con todas las enseñanzas a la Biblia y allí ser juzgados por ella, pues sólo ella tiene el derecho de ser señor y maestro sobre todos los escritos y doctrinas de la tierra.”<sup>2</sup>

Sólo la Escritura – esto también significa que ella no sólo es la norma a seguir en la vida y en la enseñanza, sino también el medio de salvación. Ella contiene las palabras del Espíritu Santo y por ella, Él crea la fe en el hombre. También tiene en sí el poder divino y lo aplica según su propósito de gracia.

#### **4.4 Sólo la fe**

Cristo se acerca a nosotros por medio de las Escrituras, sobre todo en las promesas de los evangelios. Son como unas asas al que uno se puede agarrar, como uno se agarra a las asas de una maleta, asiedo de tal modo a Cristo. Por ejemplo, Él dice en Juan 6:35 “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene nunca tendrá hambre; el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” Ir a Cristo significa creer en Él. La fe descansa en Jesús, en su persona y obra, tal como fue manifestado durante su vida. El reconocer y confiar en la afirmación divina que Él ya ha cumplido todo es el modo de recibir la salvación de Cristo. Según la Escritura no hay que introducir ningún sacramento por el cual el hombre pueda ser salvo. El sacramento transmite salvación pero no es salvación en sí. No es efectivo por ponerlo en práctica, sino que lo que hace es producir en nosotros cierta fe. Esta fe no descansa en la eficacia del ritual sino en la verdad de la Palabra que proclama que Cristo ha

---

<sup>2</sup> *Grund und Ursach aller Artikel, so durch die römische Bulle unrechtlich verdammt sind* (1520; MüA 2,307; compare WA 7,317 [alemán] y WA 2,97 [latín]; “Causa y motivo de todos los artículos, que fueron condenados injustamente por la bula romana”).

muerto por nosotros. De este modo concuerda “sólo la Escritura” con “sólo la gracia”.

La fe es creer en las promesas divinas. Él es garante de las Escrituras y de las promesas que Él ha puesto en relación con el bautismo y la santa cena. Precisamente esta fe que cree en la obra y veracidad de Dios, que orando clama a Dios reconociendo sus pecados y en arrepentimiento pide misericordia, es la que tiene la promesa de obtener justificación y vida eterna.

Dios nos concede un gran privilegio y es el hecho de que como cristianos podamos *vivir* por la fe. En Habacuc 2:4 está escrito (véase Romanos 1:17): “El justo por su fe vivirá”. La vida eterna se manifiesta en esta vida por la fe. Al cristiano, la fe le está contada por justicia, como también lo dice Génesis 15:6 y se repite en el Nuevo Testamento, en Romanos 4:3-5 y Santiago 2:23. Así es porque la fe se ase de Cristo y de su justicia. De ese modo el creyente no hace caso de sus obras débiles, sus esfuerzos, su celo religioso ni de su pecado. Más bien confía en que la obra de Dios en Cristo es plenamente suficiente para salvarlo. La fe descansa en la obra concluída de Cristo y sabe: En Él tengo perdón completo y en Él soy justo. Por medio de los evangelios y de las promesas de Dios sabe que tiene la salvación. Esta fe siempre tiene obras, pero estas no provienen del poder dado por los sacramentos, ni de una propia fuerza del hombre nacido de nuevo, sino de la realidad no visible de Jesucristo que el cristiano asíe por la fe. Son el fruto de la fe.

Sólo por medio de la fe. Eso no encaja en el sistema católico, pues convierte a la fe y a la gracia en una cualidad divina en el hombre. Si según las Escrituras las buenas obras del cristiano justificado son fruto de la fe, la doctrina católica enseña que estas buenas obras son producto de una realidad divina que estaría dentro del hombre. De este modo el hombre tendría que asegurarse por sus buenas obras que realmente tiene fe. Por medio de sus obras intenta ver si tiene la salvación. Así, el catolicismo mezcla la fe con un sin número de obras religiosas y ejercicios espirituales de tal modo que la claridad y certeza de una fe basada en la Biblia queda difuminada.

## **Para terminar: ¿Porqué evangélico?**

Hemos visto que el liberalismo teológico, el sacramentalismo, la justificación por obras, el papado, el culto a Maria, la indulgencia y otras/demás cosas son columnas importantes del sistema católico. Pero no son según las Escrituras. El que realmente cree que puede ser aceptado por Dios por sus buenas obras, porque supuestamente manan de una aptitud transmitida por los sacramentos, no sigue el camino señalado en las Escrituras. Va por un camino con algunas referencias bíblicas pero que ha sido manipulado por el hombre. Este camino lleva a la condenación eterna.

Por el contrario, la Iglesia de Cristo esta edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas” (Efesios 2:20). Eso significa que la Iglesia se formó en base a la predicación apostólica que siguió el testimonio dado por los profetas del Antiguo Testamento. Hoy en día la Iglesia se sigue formando por la predicación de las palabras apostólicas, si es que se predica la palabra adecuadamente. Por eso no mezclamos nuestro mensaje con actos ecuménicos, sino que la predicamos fielmente y con pureza, como el Señor lo ha mandado. Sin embargo, no es una verdadera Iglesia la que no está edificada sobre el fundamento bíblico.

La verdadera Iglesia es la evangélica, pues está ligada al evangelio. Pero en el sentido estricto de la palabra también es católica, es decir, universal, pues Dios en todo el mundo llama al arrepentimiento y mantiene la fe. A pesar de toda la miseria, tiene la promesa de la vida eterna. Jesús dice: “No temáis manada pequeña, porque a vuestro padre le ha placido daros el reino”. (Lucas 12:32)

De este modo llego a la conclusión de por qué no nos hacemos católicos: Tenemos el evangelio bíblico de Jesucristo. Él es una perla preciosa y un tesoro incomparable. Por eso seguimos siendo evangélicos o deberíamos llegar a serlo.



# Contenido

<b>1. El problema</b> .....	3
<b>2. La iglesia romana – múltiples manifestaciones, honra, poder e influencia</b> .....	4
2.1 La complacencia de los sentidos .....	4
2.2 Unidad .....	6
2.3 Multiformidad .....	8
2.4 Una ética conservadora .....	9
<b>3. El lado problemático de la iglesia católica</b> .....	10
3.1 La imagen positiva del ser humano .....	10
3.2 La relativización de las Sagradas Escrituras .....	13
3.3 El sacramentalismo .....	16
3.4 La justificación por obras .....	18
3.5. La discrepancia entre pretensión y realidad .....	20
3.6 El papado .....	21
3.7 La veneración de la virgen .....	24
3.8 Otros aspectos contadictorios con las Escrituras .....	26
3.8.1 La veneración e invocación a los santos .....	26
3.8.2 La indulgencia .....	27
3.8.3 Sacramentales, símbolos santos y fiestas .....	28
3.9 Resumen .....	28
<b>4. ¿Qué tenemos los protestantes?</b> .....	30
4.1 Sólo Cristo .....	30
4.2 Sólo la gracia .....	31
4.3 Sólo la escritura .....	33
4.4 Sólo la fe .....	34
<b>Para terminar: ¿Porqué evangélico?</b> .....	36